

Asesinas

Javier Núñez



GRUPO EDITORIAL
"HIJOS DE LA LLUVIA"



Javier Núñez

Asesinas



Asesinas

Primera edición, diciembre, 2010

Serie narrativa breve *Presagio* N° 06

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-16048

© ASESINAS

Javier Núñez

dorianjavier23@hotmail.com

www.javierysalome.ucoz.com

© De esta edición reservados los derechos en español

Gladys Hinojosa Aguirre

Grupo Editorial “Hijos de la Lluvia”

<http://hijoslluvia.blogspot.com/>

Cel. 951-333723

Editor: Walter L. Bedregal Paz

Diagramación / Composición / Diseño de portada

David C. Colquehuanca Añamuro

Lima /Perú

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

Hecho e impreso en el Perú / Printed in Perú

*A Shirley, Pamela,
Sheyla, Stephanie, Paola...,
con la esperanza de volver a verlas.*

Las mujeres son putas asesinas, Max, son monos ateridos de frío que contemplan el horizonte desde un árbol enfermo, son princesas que te buscan en la oscuridad, llorando, indagando las palabras que nunca podrán decir.

ROBERTO BOLAÑO
Putas asesinas

El crimen

Nunca pensé asesinar a tres personas el mismo día. Pero lo hice sin titubear un solo instante. Aún no puedo creer que fui capaz de cometer semejante barbaridad. Siempre he sido una niña buena, con principios y valores firmes. No sé cómo ocurrieron los hechos, pero de algo no me olvido: que una mujer enamorada es capaz de cualquier cosa...

Te admiraba mucho, no sabes cuánto, aún te sigo admirando. En todos tus conciertos estuve presente y en siete ocasiones te pedí autógrafos. Siempre me sentaba en los primeros asientos para verte de cerca. Solías acomodarte al lado del piano para abrir tu repertorio de música clásica.

Decían que cuando eras niño no habías dejado de pensar en ser músico. Decían también que estabas convencido de haber nacido para componer piezas musicales y los conciertos. Tu felicidad, tu vida misma era la música. Qué más podías pedir en este mundo aparte de envejecer jugando con las teclas del piano... Lo más gracioso fue cuando me contaron que te habías convencido de haber superado a Mozart.

Eras simpático y algo nostálgico. Llevabas cabellos medio rubios que se deslizaban por tu frente amplia. Me

sentía atraída por tu figura de príncipe... Eras para mí el hombre más apuesto del mundo. Quería renunciarlo todo con tal de estar a tu lado...

Una noche ofreciste un concierto inolvidable. Asistí con mi amiga Katyuska desde tempranas horas. La gente no tardó en ocupar todos los asientos. Estuve sentada cerca del estrado de donde vi claramente tu rostro de ángel. Recuerdo que saludaste al auditorio con una sonrisa. De pronto me miraste a los ojos y me quedé paralizada. Incliné la cabeza para tomar aire... Nunca te había visto los ojos, salvo aquella noche. Siempre te vi con tus gafas oscuras... Cuando volví a mirarte advertí que tus dedos jugaban con las teclas del piano...

Después del concierto me fui a casa pensando en ti. Tu mirada me perseguía a diestra y siniestra. Creía ver tus ojos en todas partes... Antes de llegar a mi cuarto sentí que caminabas a mi lado. Te miré de soslayo y caí en la cuenta de que era mi sombra... Esa noche dormí pensando en tus ojos y soñé que habías compuesto un tema inspirado en mí y dedicado a mí. Tuve la sensación de que tus manos recorrían mi cuerpo... Me sentí la mujer más feliz del mundo, y desperté todavía con una sonrisa en los labios... Ese día me desaprobaron en el curso de Anatomía, porque no pude concentrarme en el examen. Tu imagen me nublaba la mente... Quería verte, hablarte, reír contigo... Tu recuerdo me enloquecía, me llenaba de pasión... Al llegar a casa quería verte a costa de todo. No probé ningún bocado ni dormí como corresponde. Tu imagen y tus ojos invadían todo mi pensamiento...

Una semana después —como a las diez de la mañana— alguien me dijo que te casabas... Sentí un dolor intenso que no se puede expresar con palabras... Quería morir en el acto si es que estaba viva. No pude soportar la noticia a pesar de los esfuerzos... A cada minuto me repetía, es mentira, es mentira... En un estado de delirio busqué la pistola que mi hermano trajo de la selva. La encontré en su habitación bien guardada y con varias balas... Me mato, dije sin que nadie me escuchara..., pero luego cambié de opinión. Lo mato, dije, enfurecida, las traiciones se pagan con la vida...

Llegué a la plaza de Armas como una loca. Parecía reinar un silencio absoluto. Entré en la catedral a pasos rápidos. Todos me miraron como a una maniática... En eso te vi junto a tu novia, al frente del cura, felices de contraer nupcias. No podía creer lo que estaba viendo... Incliné la cabeza, derrotada y decepcionada... Otra vez alcé los ojos y te miré para comprobar si realmente eras tú... La maldita de tu novia me miró como quien ha triunfado, como quien se lleva el trofeo, y me echó una sonrisa sarcástica... Tú no te diste cuenta de nada. No soporté más la humillación... Le grité a voz en cuello: ¡No te saldrás con la tuya! El diablo se apoderó de mi mano. Entonces apelé a la pistola y le disparé directo al corazón. Lo mismo hice con el cura, por cómplice. Se armó un alboroto macabro... Nadie entendía lo que estaba sucediendo. La escena parecía de película... Satanás, satanás..., le escuché decir a la gente... Miré tus ojos claros, esos ojos que he amado en silencio, y me enloquecieron más... Creo que me gritaste, asesina, asesina... Tu novia

estaba muerta, bañada en sangre, aún suspendida de tus brazos. En tanto, el cura acababa de morir en la ley de Dios... Nadie lo entendía... Volví a mirarte a los ojos... Tu mirada era insoportable... En ese momento te amé intensamente, como nunca... Tu amor me escaldó el corazón; ya no pude controlarme más... Me desesperó la idea de perderte para siempre. Entonces, en pleno delirio, presioné el gatillo tres veces... Caíste de espaldas al lado de la mujer que me había robado tu amor... Creo que llegó la Policía, no sé la verdad... No recuerdo nada lo que pasó después... Me sentí extraña, un sudor frío me invadió todo el cuerpo, mis ojos se nublaron y me desplomé sin remedio... Debí de haber perdido la conciencia...

Cuando recuperé el sentido me sorprendí de no estar en la comisaría sino en una cama de esta clínica. Ya transcurrieron más o menos tres horas. Lo curioso es que nadie me comenta sobre los crímenes que he cometido. Nadie me trata como a una asesina, por el contrario, todos me muestran su buen talante. A ratos quiero gritar que soy una asesina, que maté a tres personas, que merezco una pena... En eso una enfermera se dispone a decirme algo; pienso que me va a despachar a la comisaría. Querida, me dice, te vamos a enviar a la clínica de salud mental.

El tobogán

Esta muchacha que se suicidará en unos minutos soy yo. Acabaré con mis penas y con mi desdichada vida. El dolor me hiere el alma, ya no tiene sentido vivir así. Desafiare mi destino de una vez por todas y moriré para pasar a otra vida mejor. He nacido para sufrir... ¿Por qué precisamente yo? ¿Quién diablos *determinó* mi destino?

Es mejor morir que seguir sufriendo como una tonta. Por eso decidí sucumbir al pie de este tobogán, y por ningún motivo cambiaré de opinión. Dios es injusto conmigo: siempre me ha enviado lluvia de martirios. ¡Ay, mi vida, mi pobre vida! ¿Quién creyera que en unos minutos cometeré un suicidio? Yo no diría suicidio, más bien será como tomar un medicamento eficaz para curar mi alma dolida... Curaré mi alma y me sentiré feliz...

Todo empezó cuando él se marchó ingratamente sin reparar en mis sentimientos. Son quince días que no recibo sus llamadas y tampoco contesta a las mías... Anteayer lo vi entrar en un hotel acompañado por una chica. La rabia me asaltó y quise agarrarlos a cuchilladas, pero no lo hice, porque estuve caminando con mi madre. Fingí no haber visto nada... Al llegar a casa me encerré en mi cuarto. Lloré

hasta secar mis últimas lágrimas... Ahora tengo los ojos enrojecidos y más secos que el desierto de Sahara... Ya no lloro, pero lloré mucho, muchísimo... No tengo ganas de llorar, sólo tengo ganas de curar mi alma herida. Por eso sigo subiendo con paso firme y con mis penas a la espalda... En unos minutos me lanzaré al vacío como una avecilla sin alas... ¡Ay, mi vida, mi pobre vida! He nacido para sufrir...

De una vez por todas me dejaré caer, no quiero perder más tiempo... ¡*Chispas!* Alguien está caminando por la avenida Floral; esperaré a que se retire... Quiero morir sin testigos...

Ahora que Christopher ya no está a mi lado se me hace difícil vivir. Lo amé como ninguna mujer amó jamás. Nunca podré amar a nadie así. Reconozco que fui un poco tonta. Debí conocerlo bien desde el primer momento. Me enamoré ciegamente de un aventurero. Cómo pude equivocarme... Cuando lo conocí era el joven más apuesto y el que mejor bailaba la música de moda. Tenía muchas admiradoras. Una de ellas fui yo. Poco a poco me enamoré sin pensar en las consecuencias futuras. Aún recuerdo su mirada hechizante, sus pelos medio rizados, su rostro hispano... Cuántas veces fuimos a beber a La Pontificia. Por cierto, allí lo conocí. Y todos los fines de semana acudíamos a La Dominó. Qué bien que bailaba Christopher... Cómo nos movíamos en aquellas fiestas que ahora sólo son recuerdos. Después de bailar íbamos al hotel de la esquina y hacíamos el amor hasta el amanecer... Qué bien que lo hacía; me enloquecía con sus movimientos. Una noche le arañé todo el cuerpo y chillé de placer completamente derrotada... Con ningún hombre

disfruté tanto en la cama, sólo con Christopher Monteagudo... ¡Ay, Christopher...! Christopher, Christopher... ¿Por qué se fue? Su nombre me fascinó desde el primer momento y lo escribí en las cuatro paredes de mi cuarto. Viví feliz aquellos momentos inolvidables. Jamás imaginé que me dejaría por otra. ¡Maldita la otra! Voy a lanzarme ahora mismo; ya no quiero pensar más en el asunto... ¡No puede ser! Un grupo de chicos aparece... Esperaré un rato más... Nadie tiene que atestiguar mi suicidio...

Seguramente mañana apareceré en la primera plana de los periódicos. No sé qué titular acuñarán junto a mi foto cadavérica. Tal vez: *Universitaria se suicida en el tobogán*. Sea lo que fuere, aprovecharé el tiempo para evocar a Dios y luego moriré en paz... Aquí estoy, Señor, parada en el último peldaño del tobogán, esperando mi muerte digna... *Padre nuestro, que estás en el Cielo...* Quiero rezar por última vez pero no recuerdo las letras... Dios mío, perdóname por esta decisión fatal..., y recíbeme en el paraíso... Sé perfectamente lo que hago...

Ahora sí, me lanzaré al vacío... ¡No! Aparecen varios chicos. Seguramente son los clientes de La Pontificia. Yo también fui en varias ocasiones a ese local de perdición... Si esto sigue así no podré morir en paz.

La noche está frígida y la brisa me congela las mejillas... Escucho a lo lejos aullar a los perros... Seguramente mi alma los está espantando...

En mi casa tengo una pistola de papá. Muy bien me hubiera disparado en la cabeza. Pero no lo hice. O a lo mejor

hubiera ingerido algún compuesto químico. Eso era sencillo. Sin embargo, escogí el tobogán para consumar mi decisión fatal. Pienso que lanzarse al vacío es más heroico, más llamativo...

Ya no hay razón de seguir dando vueltas al asunto; estoy decidida a morir de una vez por todas... ¡*Chispas!*, aparecen varias chicas. Así no podré suicidarme tranquila. Quiero morir sin testigos... Esperaré un rato más...

¡No puede ser! Lo que faltaba... ¿Qué diablos hacen aquí? ¿A qué han venido? ¿Por dónde han subido?

¡Déjenme morir! ¡Suéltenme, desgraciados! No me arresten; no soy delincuente...

Una aventura con Christian Rivera

Un martes por la tarde descubrí que Mario me engañaba con una mocosa del colegio. Los encontré en el parque besándose con terquedad. Quise agarrarlos a pedradas pero no lo hice, porque pensé pagarles con la misma moneda esa misma noche visitando en el hotel a Christian Rivera que había llegado a ofrecer un concierto. Así que me fui a casa pensando en aquel aclamado cantante de moda.

Hace un año, a mis veintidós, me casé con Mario; en realidad, me casaron. La culpa la tienen mis padres. A la mala me convencieron y me casé un mal día (un martes, exactamente); desde entonces nada me sale bien.

No amo a Mario, no sé si alguna vez lo hice. Al principio creí que lo amaba. Ahora estoy aburrida y ya no creo en el amor. Tenemos tres años: dos de noviazgo y uno de casados. Ese tiempo es mucho para mí. No sé cómo otras mujeres toleran vivir con el mismo hombre toda la vida; es como escuchar la misma canción todos los días. Yo más bien quiero disfrutar de canciones distintas mientras viva.

La misma sonrisa, las mismas palabras, las mismas formas de amar, las mismas caricias, el mismo cuarto, la misma cama, el mismo beso... No soporto vivir así, no

soporto amanecer con el mismo hombre todas las mañanas. Debo ser sincera y decir la verdad: tengo la curiosidad de sentir el aliento de otros hombres... Mario también se cansó de mí y se buscó una colegiala de *miércoles*.

Como iba diciendo, aquel martes los vi en el parque y me retiré a casa sin hacer escándalo, pensando en Christian Rivera. Al llegar entré en nuestro dormitorio, me quité la ropa y me duché contemplando cada parte de mi cuerpo. Mis pechos y mis caderas todavía mostraban sus encantos de antaño. Luego me vestí a la moda, acudí a mis cosméticos y me eché encima la fragancia de siempre. Antes de salir dejé una nota para Mario: *Cariño, nos vemos mañana. Estoy visitando a mi madre*. Cerré la puerta y me dirigí a La Quinta Estación, en el centro de la ciudad, donde Christian Rivera tenía programado ofrecer un concierto después de una gira por todo el Perú.

Christian Rivera era el fenómeno del año. Se consagró como cantante y compositor de canciones de amor. Cuando escuché su primer tema en *Radio A* lo admiré y lo deseé en el acto.

Me aseguraron de que estaba hospedado en el hotel Las Palmeras, en tal y cual habitación. Entonces planeé visitarlo de noche para sentir su aliento de hombre famoso.

Entré en La Quinta Estación pitando cigarrillo importado. De pronto se me acercó un tipo con una jarra de pisco. Tenía la cabellera rizada y la piel bronceada... Vestía como los chicos *reggaetoneros*...

Hola, me dijo. Lo miré sin prestarle atención. Se quitó las gafas y me miró como quien trata de impresionar a

alguien. ¿Puedo acompañarte? Sí, claro... Seguí pitando con la mirada dirigida hacia el estrado, mientras aquel desconocido se identificó como Jorge. Dijo que no tenía amigos ni conocidos porque estaba de visita en esta ciudad. No di importancia a sus problemas, porque eso es asunto suyo. Además, los hombres son bien astutos; dicen esas cosas para ganar terreno y aprovecharse de las mujeres sentimentales... Los conozco bien; sé de qué pie cojean. Sé también qué intenciones tienen... Yo también tenía una: pasar esa noche con Christian Rivera...

Siguió contándome su vida llena de aventuras, mientras yo bebía a sorbos moderados. Me habló de sus chicas. Dijo que siempre había tenido mala suerte en el amor. No di crédito a sus anécdotas. Él hablaba sin parar y yo me limitaba a escucharlo. De pronto dijo que yo era distinta a otras mujeres, digna de ser amada. Por poco me reí por sus palabras sin sentido. Era evidente que me deseaba. Me di cuenta gracias a mi capacidad de intuición. Yo también lo deseaba, pero no a él sino a Christian Rivera.

Entonces mi ídolo apareció en el estrado. Todas sus *fans* le aplaudimos y nos emocionamos. Se le veía lindo, guapo... Todo un príncipe... Quise comerlo a besos, quise entregarme en cuerpo y alma. No supe qué hacer; la sangre hervía en mis venas.

¿Qué te pasa? Es asunto mío; no te importa.

Lo seguí mirando. Algunas chicas aplaudían y otras gritaban excitadas. Christian Rivera saludó al público y empezó con su primera canción: *Cuando el amor se va*. La canté a voz en cuello junto a otras muchachas. Es mío, sólo

mío, musité... Fue así como viví momentos de éxtasis total. Jorge me pidió que bailáramos. En efecto, nos movimos lentamente al compás de las baladas. Luego bebimos a grandes sorbos. ¡Christian, a tu salud!, grité de pronto. Jorge me miró y no dijo nada. Seguíamos bebiendo sin hablar... Otra vez me vi bailando... Por un momento pensé que Jorge era Christian, cuando me besó en los labios. No lo rechacé como lo tenía pensado. Empezó a acariciarme la espalda, y me recorrió el cuello con sus labios... Me despertó el placer que tenía guardado para Christian.

Debieron de haber pasado varios minutos, porque Christian Rivera ya no estaba en el estrado. En su lugar vi a una cantante que enloquecía a los chicos con sus bailarinas. Pensé que mi ídolo descansaba en su hotel. Quise visitarlo en el acto, pero no sabía cómo... Por su parte, Jorge no me soltaba, parecía estrujarme con sus brazos.

Vamos al hotel, me dijo. No le hice caso... Siguió insistiendo y acariciándome el cuerpo. No pude controlarme y acepté acompañarlo. Cuando las mujeres nos excitamos somos terribles; nadie nos para...

Salimos de La Quinta Estación besándonos y subimos al primer taxi que vimos estacionado... En el carro, Jorge quería desnudarme. Espera, le dije, ya estamos llegando... Después de cinco cuadras *arribamos* a nuestro destino. Jorge pagó el costo de la carrera y le dijo al chofer, quédese con el cambio.

Al entrar en el hotel sonreí como quien llega a casa... Jorge me seguía acariciando el cuerpo como temiendo que se me pasara las ganas... Alquilamos un cuarto en la segunda

planta. Jorge encendió la luz y vi la cama presta a soportar nuestro placer infinito... Me quitó la ropa con destreza de hombre experimentado y terminé con la prenda negra sujeta a mis pechos... Espera; primero tienes que ducharte. No quiso; me desabrochó el *brasier* casi forzándome. ¿Te duchas o me voy? Entonces fue desesperado a bañarse. Mientras tanto, me puse la ropa, salí sin hacer ruido y aseguré la cerradura... Avancé rápido por el pasadizo, subí a la quinta planta por las gradas y toqué la puerta 521. Alguien la abrió y me sorprendí de que no fuera yo la única que quería pasar una noche con Christian Rivera, porque en su habitación estaban varias chicas a punto de empezar con la orgía.

Los ojos de Cleopatra

Después de buscar una y otra vez no encuentro los colores que debía traer para pintar tu sacra beldad. No es posible que los haya olvidado. Estoy seguro de que los puse en la maleta. Ahora cómo pinto tu rostro de niña egipcia... En esta isla no hay nada más que las rocas y algunos arbustos. No puedo regresar a la ciudad por los colores, porque juré no volver hasta haber acabado tu retrato divino...

Soy el único habitante en esta isla prodigiosa. Llegué hace una semana en un yate alquilado. Al día siguiente de mi llegada empecé a construir la barraca. Las tres primeras noches dormí sentado a la luz de la luna. La cuarta noche estrené la barraca y dormí feliz sin sospechar que había olvidado los colores.

Un día concebí la idea de refugiarme en una isla para amarte en silencio. Es que aquel día caí en la cuenta de que te alejabas con la primera brisa de la tarde. Quise ir detrás de ti para detener tus pasos. No pude porque la noche me atrapó con sus garras hirientes... Alzaste vuelo antes de escucharme y reparar en mis sentimientos de artista... No supe a quién pedirle alas para seguirte por tu itinerario invisible. Te vi desaparecer tras las colinas como una avecilla

divina. Entonces lloré por haberte perdido... Hubiera preferido cortarte las alas, asesinarte, para luego acabar con mi vida. Y nos hubiéramos encontrado en el paraíso, o quizá en el infierno. Y nunca más nos hubiéramos separado...

Aquella tarde decidí peregrinar en una isla solitaria. Preparé mi maleta en silencio. Mi madre no sospechó que me iba a una isla. A la mañana siguiente le dije: Viajo para Lima. Ella me deseó suerte y me regaló su rosario. Cuídate, hijo... Entonces salí de la casa con los ojos tristes. No fui a Lima, más bien vine a esta isla desconocida a pintar tu retrato...

Lo que más extraño son tus ojos de Cleopatra. Pagaría cualquier precio por contemplarlos otra vez... Si no te hubieras marchado, te los habría extirpado una noche de luna llena para llevármelos como un trofeo de nuestro amor frustrado... Admito que eran únicos en el mundo, como dos tesoros dignos de amar, tan expresivos, tan claros... ¡Cómo no haber amado tu belleza de gacela...! A decir verdad, tenías mucho de Cleopatra, sobre todo tu forma de mirar... Todos los muchachos estábamos convencidos de que llevabas sangre egipcia y pensábamos que eras una pequeña Cleopatra. Decían que tu abuelo paterno fue un turista egipcio que estuvo por estos lares...

Ahora estoy sentado sobre unas rocas sobrias. Contemplo las ondas que se dibujan en el lienzo azul. A mis espaldas descansa mi barraca construida de arbustos. Sigo mirando perplejo las aguas que se agitan. La brisa me acaricia las mejillas. Trato de ver tu rostro en el reflejo del agua. Luego vuelvo la cabeza para mirar con ojos nostálgicos mi

barraca... De pronto se desata un viento feroz, como el huracán de valles tropicales. Me aferro al piso para que no me levante por el aire... ¡Maldición!, el lienzo se eleva como un cometa... Es inútil mi esfuerzo: mi lienzo desaparece en la infinidad del firmamento. Ahora dónde pinto tu sacra beldad. Mi vida está acabada, ya no quiero vivir... No hay los colores ni el lienzo...

Hoy la primavera desea verte y extraña tus ojos de princesa egipcia...

Sentado en unas peñas trato de atrapar tu mirada. Las palabras van cayendo y voy cogiéndolas. Con ellas pintaré tu recuerdo y te enviaré el cuadro con las primeras olas... Venero el canto de las gaviotas que te recuerdan todas las mañanas y adoro el silencio de tu sombra que me mira todas las noches...

Te veo a lo lejos... Caminas sobre la línea que separa el cielo de la tierra... La brisa juega con tu silueta de princesa, las rosas tejen los colores de tus mejillas... Y las luciérnagas sueñan con tus ojos inolvidables, y yo rezo para que ellas no despierten... Soy un peón que te defiende en un tablero de ajedrez, a veces un trovador anónimo que siente cosquillas en las manos cuando escribe tu nombre. Sea como fuere, esta rosa esconde una imagen que me recuerda mucho a ti, y bastará un suspiro para que respires mi aliento, y bastará una palabra para que sigas escondida en esta rosa recién nacida.

Un día, tres turistas españoles, mientras caminaban en la Isla de las Náyades, encontraron a un joven muerto. Por las características que presentaba dedujeron que había muerto hace pocas horas. Al lado del muchacho, en un peñasco liso, aparecía el retrato de una mujer joven, pintado con un solo color genialmente utilizado: rojo vivo. Era tan natural, tan original, tan expresivo, que impresionó mucho a los españoles. Uno de ellos dijo: Es una Virgen, oremos. No parecía obra de un mortal, sino de un Divino. La mujer de la pintura irradiaba una belleza sin par. Los españoles católicos rezaron un par de Avemarías. El otro quiso tomarle una foto, pero no lo hizo. El título de la pintura estaba oculto, sólo se leía cuando el sol ocultaba la mitad de su disco. Así que ninguno de los turistas lo leyó: *Los ojos de Cleopatra, 2006*. Mientras contemplaban el retrato, uno de ellos cayó en la cuenta de que el muchacho había muerto desangrándose por los dedos... Los tenía lesionados, con coágulos de sangre...

Hotel El Búho

Las putas son las mujeres-reloj por excelencia. Desde Catulo a Baudelaire, todos los poetas las han amado. Y quien no las ama o es un impotente o un jodido puritano hipócrita de la peor especie.

Roberto Bolaño

—Las Velas..., buenas noches.

—¿Aló?

—Sí, señor... ¿En qué lo podemos ayudar?

—Necesito un servicio urgente.

—¡Ah!..., dígame su dirección exacta...

—Hotel El Búho, habitación 232, segundo piso.

—Perfecto...; en media hora estará Sheyla, no se desespere...

Me acomodo en el taxi no sin antes decirle al chofer: Al hotel El Búho, por favor. Son las ocho de la noche. Un cliente me está esperando en una habitación alquilada. Será

la primera vez que preste servicios en un hotel. Espero que todo me vaya bien, espero también que mi cliente de esta noche se comporte todo un caballero y que no me exija más de lo que le puedo dar. Ojalá se satisfaga a la primera.

Tiene ojos de gata sensual, o tal vez de pantera presumida..., la nariz perfilada, los labios rojos y carnosos... ¡Qué pechos, Santo Dios! Parecen dos perlas separadas por una línea que me erotiza. Estoy perdiendo la brújula; no sé qué hacer; se me sube la temperatura... No hay duda, está a pedir de boca... Es una de esas que los varones reclamamos a diario... Cruza las piernas y me provoca más... No soporto esta tentación...

Me regalaré una noche de placer. Es justo, porque tuve un trabajo sobrecargado esta semana. Necesito una mujer para recuperarme... Por eso he telefonado a Las Velas, el burdel más grande de la ciudad. Supongo que ya llegará la chica que me están enviando... ¿Cómo será ella? Espero que sea guapa, esbelta, con caderas contorneadas... Hablando de mujeres, no tengo una estable; paso la vida acostándome con todas las que se cruzan en mi camino... He decidido no casarme nunca. Detesto el matrimonio y a los niños. No soportaría vivir con la misma mujer toda la vida... Además no me hace falta a cada rato. ¿Para qué? Sólo la necesito para *aplacar* mi instinto animal. Tampoco soportaría el llanto de los niños todas las noches... Cuando veo a niños caprichosos llorando me dan ganas de meterles cuchillo. Será por eso que admiro a Herodes... Admito que me gustan todas las mujeres que conozco, siempre y cuando sean guapas... Se diría que tengo suerte, porque las chicas me

buscan, es que sé tratarlas. Cuando están conmigo no quieren soltarme... No soy romántico ni creo en el amor... Soy pragmático, directo, como quien dice, voy al grano...

Estoy arrepentida de llevar esta vida que a muchas no les gustaría. Nunca pensé involucrarme en estas cuestiones hasta el día en que caí como un pajarito en la trampa... ¿A quién le echo la culpa? Nadie la tiene. Yo misma me entrampé con mis pecados y todo; ahora tengo que pagar mis faltas; no puedo dar marcha atrás, porque eso sería como escapar de la guerra antes de pelear.

No sé en qué piensa esta guapa. No me importa; sólo me importan sus muslos que *juegan* con la minifalda. La carne llama a la carne, decía alguien. Siento que me está llamando... Es un buen *lote*, sin lugar a dudas; el retrovisor es testigo... Cada vez que la miro me vuelvo loco... ¡Uf...! Casi atropello a ese chibolo. Eso me pasa por mirarla mucho... Qué vaina, carajo; voy a concentrarme en el timón, sino terminaré matando a personas distraídas.

Soy muy exigente con mis gustos. Si una mujer — hablando físicamente— no reúne los requisitos mínimos, no me fijo en ella, aunque tenga buenas modales. Dicen que soy exquisito, es que tengo razones suficientes para serlo... Mis ojos poseen un *filtro* natural: no perciben a mujeres que carecen de belleza, aunque estén paradas a mi lado... Cuántas chicas se marcharon con lágrimas en los ojos. Siempre he sido cruel con las muchachas no agraciadas... Mis amigos me reprochan por mis actitudes racistas, pero no les hago caso. A mí me gustan mujeres de sangre azul, hispanas de pura cepa... Todavía no llega la chica que me

están enviando... La esperaré un rato más; debe de estar cerca. Al lado de ese velador están las botellas de trago. Cuando llegue brindaremos los dos... Luego haré realidad todas mis fantasías. Será inolvidable como las otras veces... Tengo toda la noche... La esperaré un rato más...

Mi desdichada vida empezó cuando mi padre se enojó al enterarse de la vida de Erick Caballero, mi flamante enamorado: bebía, fumaba y bailaba bien los ritmos de moda. A mí me gustan chicos de ese tipo, por eso me fijé en él... Me enamoré locamente y me entregué en cuerpo y alma. A nadie amé como a Erick Caballero. Pero este maldito de Erick no era nada caballero. Todo lo que me dijo era mentira... Se aprovechó de mí viéndome enamorada. Me di cuenta muy tarde. Después parece que se cansó y se marchó con otra.

La estoy llevando al hotel, adonde quisiera entrar con ella, en ella también... ¡Carajo!, tengo ganas... Ella tiene la culpa, porque me está provocando desde el asiento trasero... Nos hemos mirado en el retrovisor. He visto claramente sus labios voluminosos, sus pechos erguidos... ¿Cómo será en la cama? Carajo, esta mujer me hierve la sangre, me estoy animalizando... ¿Cómo diablos se llamará? No me importa; sólo me importa saber cómo se moverá en la cama.

Nunca me enamoré, porque hacerlo es cosa de tontos... Los varones jamás se enamoran; aquel que lo hace es un imbécil... Generalmente fingimos y decimos te amo, que esto, que aquello... No ganamos nada amando a una sola mujer; lo justo es regalarse un acto de placer con todas las que nos gustan. Estar con toditas ellas significa pisar el

paraíso terrenal... Al menos, yo paso la vida de esa manera... Se está demorando mi amante de esta noche, ya ha transcurrido media hora desde que telefoneé a Las Velas... ¿Cómo será la mujer que me están enviando? Preferiría una delgadita, con *curvas* bien pronunciadas.

Soy una tonta, debí hacerle caso a mi padre. Me advirtió tantas veces, y no lo tomé en cuenta... Seguí saliendo con Erick todas las tardes... Mi padre no soportó más y me echó de la casa. Entonces me dirigí en busca de Erick para que me consolara al menos... Mientras cruzaba la calle aledaña a la plaza de Armas por poco me desmayé, cuando vi a Erick salir de un hotel abrazando a una chica... ¡Maldito!, te odio; me engañaste, ¡desgraciado!... Me retiré corriendo como una loca... Mi padre tenía razón, qué más puedo decir... Vagué como una loca por distintos lugares hasta llegar a un parque solitario, un lugar propicio para quitarse la vida. Quise morir para borrar mis pecados que enfadaron a mi padre... De pronto, una mujer desconocida se me acercó. Me inspiró confianza y se comportó como una verdadera amiga. Le conté mi problema... Dijo que me ayudaría a recuperarme. En ese momento no sospeché que me llevaría a Las Velas... Como es de saber, me convertí en una mujer pública por culpa de Erick Caballero... Y ahora estoy cumpliendo con mi trabajo... Como alguien dice, en tiempos de García todo trabajo es bienvenido. Así que no me avergüenzo de mi oficio... Es interesante tener sexo con hombres de todo tipo (anídense chicas)... Disfruto en cada *sesión*... Es más, creo que voy a llenarme de dinero...

Ya estamos arribando al hotel. Me parece que alguien la está esperando... ¡Qué desgracia! Esta nena se bajará de mi coche y me dejará con las ganas; eso no me está gustando... Necesito una mujer, oiga... Urgente... ¿Dónde la consigo? Iré a las inmediaciones de la universidad y me estacionaré en la puerta de los bares. Quizá encuentre universitarias mareadas...

Cuando se detiene el carro me apeo raudamente porque la hora me gana. Pago al chofer el costo de la carrera. Él me mira con ojos de adolescente enamorado. Quiero decirle que me visite en Las Velas, pero no le digo nada... Me acerco a la puerta del hotel odiando a Erick. Por su maldita culpa me echaron de la casa y ahora tengo que prestar servicios en los hoteles...

Estoy sentado en la cama que testificará mi aventura de esta noche. Miro el reloj a cada instante: ya transcurrieron cuarenta minutos... La seguiré esperando, no me queda otra opción... En esta cama demostraré una vez más mi poder sobre las mujeres... Presiento que no vendrá... ¡No! Tiene que venir... Me desespero por conocerla. ¿Cómo será? Quizá rubia; me gustan las rubias... ¿Y si no viene?, ¿qué hago? No quiero pensar en esa maldita posibilidad.

Subo a la segunda planta y ubico la habitación 232. La duda me asalta; no sé cómo voy a comportarme adentro... No tengo experiencia... Es la primera vez que presto servicios en un hotel... Respiro profundo y golpeo la puerta sin perder más tiempo.

Por fin, ha llegado... Haré que pase y tomaremos unas copas... Luego nos entregaremos al placer infinito... Me

mata la curiosidad de conocerla; no sé por qué. Abriré la puerta...

No puede ser; debo de estar soñando... ¡Imbécil!, ¡desagraciado!... ¡Qué carajo haces aquí! Arruinaste mi vida... Te odio... ¡Maldito!... ¡Te voy a matar...!

La asesina

Esta noche te mataré porque no soporto vivir sin ti, no soporto saber que te hayas acostado con otra y conmigo nunca. Soy capaz de todo con tal de tenerte a mi lado... Me hubiera gustado matarte a besos; pero no, te *liquidaré* a cuchillazos... Te asesinaré a sangre fría... Ya me excita pensar que te mataré sin piedad, porque eres mío, solamente mío... Lo haré brutalmente...; eso me causará placer... De nada sirve que ahora estés tendido a mi lado, si no he oído tu voz ni he sentido tus caricias. Estás ahí, con los ojos cerrados, sin decir nada... Aún no estás muerto; pero en unos minutos lo estarás..., porque te mataré sin pensarlo dos veces.

Siempre recuerdo el día feliz que te conocí. Fue el 01 de enero de este año. Tú ni siquiera te diste cuenta. Te miré a los ojos largo rato. Te reías no sé de qué con tu amigo... Quise hablarte ahí mismo, pero no me atreví... Traté de llamar tu atención, y tú nada... Seguramente no llegué a gustarte, pienso que no soy tu tipo de mujer... Saber eso me duele, por eso lloro, lloro por ti, lloro por tu amor..., sobre todo lloro porque nunca serás mío...

Cuando te conocí me di cuenta en el acto de que eras el hombre de mis sueños, el gran amor que siempre he

deseado... ¿Sabes? Desde niña te imaginaba pero nunca sospeché que existieras... El día que te conocí me emocioné mucho, por fin te había encontrado... Estabas ahí, cerca de mí..., pero no pude hacer nada... Por un momento nuestras miradas se cruzaron..., y tú no te diste cuenta, no te fijaste en mí... Para tus ojos no debo ser atractiva... Yo en cambio me moría por ti... Ahí mismo quise darte un beso, pero no me atreví..., es que tus ojos me ignoraban...

Averigüé tu nombre. Me dijeron que te llamabas Enrique de la Riva. Me dijeron también que habías terminado con tu enamorada... Hice maravillas para conseguir tu correo electrónico. Te agregué a mis contactos aquella misma tarde. Luego te escribí un mensaje diciendo que te conocí un día, que quisiera hablar contigo, que me respondieras. Esperé dos meses para leer algo tuyo y jamás llegó tu respuesta. Qué malo eres, cariño... Al saber que nunca estarás a mi lado, me pongo triste y lloro en silencio... Te extraño, mi amor... No sé qué hacer sin ti... Tú me haces falta...; nunca podré ser feliz... Te necesito... Siempre pienso en lo mucho que te adoro... ¿Sabes? No soportaría verte con otra... Tú has nacido para mí, pero eso no lo entiendes...; no quieres reconocerlo... No me queda otra alternativa que matarte, porque tú eres mío, y de nadie más...

Esta noche te seguí sin que te dieras cuenta. Te encontraste a tus amigos en el parque Nueva Esperanza. Al pasar por tu lado te rocé con el codo. Me miraste sin prestarme la menor atención. Entonces me convencí de que nunca llegaría a gustarte. ¡Maldita sea! Después de hablar un

rato te fuiste con tus amigos a York Disco Bar. Compraron una jarra de licor y se sentaron a una de las mesas menudas... Yo también entré detrás de ti y compré una botella de agua San Luis. Te reías como un loco junto a tus amigos... Yo me acomodé a la mesa contigua. Traté de llamar tu atención, no me hiciste caso. Pasé desapercibida para tus ojos. A cada rato te estuve mirando. Cómo me atraías, cómo te amaba... Quería entregarte mi vida, mi amor, mi alma..., no quería separarme nunca más de ti, por nada del mundo. Quería estar contigo toda mi vida... Quería ser tuya para siempre... Pero tú no te fijaste en mí. Qué ingrato eres, cariño... Aun así te sigo amando, cada vez con más intensidad...

Se escuchó *Hay otro en mi vida* de Factoría. Esa canción no va conmigo pero me gusta. En mi vida sólo estás tú, mi amor... Luego sonó otro reggaetón, *Mi niña bonita* de Chino y Nacho. Cuántas veces soñé ser tu niña bonita... Quería que me cantaras esa canción... De pronto se me acercó un tipo con una jarra en la mano. ¿Puedo acompañarte?, me preguntó. Sí, le dije. Entonces empezamos a beber los dos. Él se dio cuenta de que te estaba mirando. ¿Lo conoces?, me preguntó. No, le dije.

Fuiste a la pista de baile. Bailaste con varias chicas. Lo mismo hicieron tus amigos. Me gustaron mucho los pasos que marcaste en música salsa. Cómo deseaba bailar contigo. Hubiera pagado cualquier precio por conseguir ese deseo... Mi compañero eventual me invitó a bailar. Lo hice sólo por compromiso; yo quería bailar contigo, con nadie más... Pusieron canciones de Makano. Me gusta esa que

dice *Déjame entrar...* Luego se escuchó *Dime si te vas con él* de Nigga. (No dejaré que te vayas con ella, porque en unos minutos te voy a matar...) Seguías bailando, te quitabas la chaqueta y la agitabas en el aire. No sé qué querías hacer. Luego sonó *Fruta prohibida* de Dragón y Caballero. Quería que me cantaras esa canción... De pronto, el tipo que me acompañaba quiso besarme en los labios. Lo rechacé en el acto. Yo quería que me besaras tú...

Y así pasó el tiempo, hasta que perdiste la conciencia. Tus amigos te abandonaron. Te quedaste dormido en el sofá. Era mi oportunidad; tuve que entrar en acción, aunque me sentía mareada, a punto de perder el sentido. Me acerqué a tu lado raudamente. Hice un esfuerzo para que te levantasas. A duras penas te mantuviste de pie. No hablabas, no eras consciente de tus actos... Salimos de aquella discoteca como pudimos. Caminamos dos cuabras, tú apoyado en mí... Estabas como dormido... Y así entramos en este hotel... Ya en esta habitación te tendiste en la cama y no reaccionaste para nada. Intenté por todos los medios que me complacieras con este último capricho mío. Y tú nada... Quería que me acariciasas, me besaras, me amaras... Quería que me hicieras el amor como lo has hecho a otras chicas... Quería sentir tu cuerpo, tu aliento, quería oír tu voz...

Son las cuatro con treinta minutos de la mañana. Ya transcurrió como media hora desde que llegamos. Otra vez intentaré que reacciones: te toco los cabellos, el rostro, luego te beso en los labios..., no me correspondes..., permaneces como un muerto, aunque no lo estás, pero en unos minutos lo estarás... Ya tengo el cuchillo en la mano... Te abriré el

pecho y te sacaré el corazón. Luego me lo llevaré como un trofeo de nuestro amor frustrado.

Llevas la camisa sin abotonar sobre un polo negro. Acaricio tu pecho musculoso..., y lo beso intensamente... Te desabrocho la correa, te quito el pantalón y el calzoncillo... Me sale al paso tu animal dormido. Lo acaricio por todos lados... Mientras pruebo su sabor empieza a erigirse, altivo y poderoso... Siento que las llamas me queman las entrañas...; no soporto más este calor... Me desnudo rápidamente..., y empiezo a cabalgar sobre tu cuerpo atlético. El placer me invade de pies a cabeza..., estoy a punto de enloquecer...

De una vez por todas te mataré porque siento un miedo terrible de perderte para siempre... Es mejor que estés muerto que estés con otra... Ahora sí..., ha llegado tu hora: Empuño el cuchillo lentamente y levanto la mano por encima de tu pecho indefenso. Respiro hondo, concentro mi energía... Te miro fijamente el rostro por última vez... ¡No! ¡Imposible! ¿Por qué me haces esto? No me di cuenta: ¿en qué momento te fuiste de la discoteca? No debí tomar mucho... ¿Quién es este hombre que está tendido en la cama?

Lágrimas para Ariadna

En noches como ésta solías venir, solías subir en silencio y tocar la puerta. Hoy no vendrás, nunca más vendrás, porque ya no estás conmigo. Nadie sabe dónde estás... Quizá ya no existas, quizá nunca hayas existido... O a lo mejor estás de viaje y llegarás mañana. Pero no... ¿Para qué engañarse? Sé perfectamente que nunca has de volver... *¡Rayos!*... Todo por mi culpa... Aún no puedo creerlo... Debo de estar soñando, entonces me despertaré mañana y otra vez amaré tus cabellos suaves, tu mirada azul de niña alegre, tus palabras que suenan a canto, tu fragancia de primavera..., en fin, todo tuyo y todo aquello que guarda un recuerdo tuyo...; y seguramente no me alcanzará la vida para seguir amándote... Pero dónde estás... No puede ser cierto que te hayas marchado para no volver... No es posible que nunca más vuelva a verte... ¿Qué hice, Dios mío?

Me inclino hacia la ventana... Contemplo el cielo despejado y avizoro la luna que viaja acompañada por tu alma, pero tú no estás en ninguna parte. Trato de encontrar tu mirada en el horizonte... Un suspiro rompe mi respiración y me dan ganas de llorar... Alzo mi guitarra, cuyas cuerdas guardan con recelo tu voz de niña... Empiezo

con una canción que solíamos cantar... Luego dejo de tocar, porque el dolor me oprime el corazón... Me acerco otra vez a la ventana y me acomodo en la única silla de mi habitación... En silencio murmuro tu nombre y mis ojos dibujan tu imagen en la pared... Ariadna, Ariadna..., mi delicia...

Si estarías conmigo, mañana mismo viajaríamos a Egipto, Babilonia, Jerusalén, India, París... Siempre he soñado viajar contigo por los caminos conocidos y desconocidos... Pero ya no estás; te fuiste para nunca más asomar tu cabeza por mi puerta... ¿Qué hice, Dios mío? Nunca me perdonaré...

Apoyado en la ventana escucho tus pasos que se acercan. Vienes con los primeros vientos de medianoche, tan delicada, tan frágil, tan ligera... Los perros empiezan a aullar, el viento canta melodías apocalípticas, el vidrio susurra... En eso tocas la puerta... Te ves linda como siempre y como nadie... Caminas con rareza, luego te acomodas en el sofá. Acudo a la despensa y regreso con una botella de champaña. Me siento frente a ti... Me estás mirando callada, serena. Tu rostro está pálido. No hablas, estás como una estatua. Me das un poco de miedo. Qué importa eso. Siempre he amado tus silencios... Abro la botella y sirvo las copas... Brindo a tu salud, y sorbemos el licor mirándonos a los ojos... Enciendo mi radio; pongo un CD que me recuerda a ti. Me gusta vivir de los recuerdos, me gusta todo aquello que guarda un recuerdo tuyo... Suena una canción de antaño; la escuchamos en silencio, jugando con las miradas. Nos tomamos otro sorbo, siempre

mirándonos y como temiendo que uno de nosotros desapareciera. Mis ojos no quieren que huyas.

Sigues ahí, sentada y sin moverte, callada y misteriosa. Te contemplo apoyado en la silla. Te ves hermosa, delicada, frágil; pareces una princesa abandonada por su escolta de náyades. Tus cabellos están recogidos en un moño atravesado por una barrita mágica. Desde aquí amo en silencio tu piel, tu pelo, tu sombra dibujada en la pared... De pronto te levantas y te acercas a la ventana. Te lanzas al vacío sin darme tiempo para evitarlo. Doy alaridos como un loco, como ningún ser humano haya gritado jamás. Los perros dejan de aullar y todo queda en silencio... Tu sombra permanece dibujada en la pared. Parece que solloza, creo que se queja. Me engaño: es la mía, mi sombra asesina...; no la tuya... Es mentira que hayas venido y que nos hayamos tomado champaña... En ningún momento has subido a mi habitación... Sé perfectamente que ya no estás en esta ciudad... Y todo por mi culpa... Me duele recordar tu último beso, tu último suspiro, tu último aliento... No puedo vivir sabiendo que nunca más volveré a verte... Pero yo estaba tan loco como tú, que creía que amar y morir era la misma cosa... Y tú estabas más loca aún, que creías que morir amando era amar por toda la eternidad... Y aquella noche me dijiste en un delirio placentero, márame si me amas de verdad...; hazlo si nunca me vas a dejar de amar...; demuéstreme tu amor infinito... Y yo..., yo te amaba de verdad..., y te lo demostré en el acto... No quiero recordarlo... Pero, qué hice... Malditas mis manos... Me las voy a cortar, no las necesito si tú te fuiste para no volver...

Para qué tenerlas cuando sé que aquella noche te robaron el aire de tus pulmones... Ya no tiene sentido vivir... Las lágrimas me destrozan el alma... Mi única salvación es emprender el viaje a la eternidad, tras tus pasos invisibles...

Sibyl Vane

¿Quién será a estas horas de la noche? Algo me dice que no es una visita grata... Puede ser un asesino que me esté confundiendo con su próxima víctima... De todos modos tendré que abrir la puerta... ¡Caramba! Es un gusto saludarte... Adelante, estás en tu casa. Acomódate en el sofá... Estaba leyendo este libro cuando tocaste la puerta, y me asustaste, naturalmente, porque nadie me visita aparte de Katyuska... No te preguntaré por los motivos de tu visita; sé perfectamente que quieres venganza... Estoy seguro de que llevas algún arma... Tus ojos lo dicen... Quieres matarme, ¿verdad? No lo niegues... Estoy a tu merced, no temo a la muerte. Pero antes déjame brindar contigo, como lo hacíamos antaño.

¿Qué deseas beber, querida?, ¿pisco? ¡Ah! Está bien. Espérame un momento...

Sírvete, linda... Brindemos a tu salud...

Todavía no entiendo cómo me encontraste. Sólo Katyuska conoce este departamento. No importa, lo bueno es que nos hemos vuelto a ver. Es curioso que estemos bebiendo otra vez, como en nuestros buenos tiempos. ¿Sabes? Te extrañé mucho... Uno de estos días pensaba

llamarte... Sé que no das crédito a mis palabras... Estoy diciendo la verdad, créeme...

Salud, salud...

Es cierto que un día me marché sin decirte nada. Es que no quería verte llorar. Quizá tus lágrimas me hubieran hecho cambiar de opinión... Era necesario que me marchara, porque llegué a la conclusión de que te estaba haciendo daño. Es que entre los dos nunca hubo amor..., por eso tuve que retirarme de tu vida... El amor es..., a ver cómo te explico...; en resumidas cuentas, el amor es una mentira piadosa que uno siente por otra persona. En la práctica, el amor no existe; más bien es un imaginario popular de nuestra cultura... Lo que hubo entre nosotros fue atracción de cuerpos. O sea, ambos nos deseábamos... Casualmente nuestros gustos coincidieron. Escuchábamos la misma canción, viajábamos a los mismos lugares, preferíamos el mismo trago... Eso no quiere decir que me haya aprovechado de ti. Por el contrario, pasamos momentos inolvidables... Tú sabes muy bien que todo inicio tiene su fin... Lo nuestro tenía que acabar un día...

Sírvete... Salud, salud...

Lo siento, querida... La verdad es que no quería hacerte daño. Entiendo tu tristeza y tus ansias de venganza... No te imaginas lo mucho que me dolió marcharme... Me sentía mal..., triste..., solo... No quise que pasara esto... ¡Qué lástima!; todo acabó entre los dos... Es que hicimos malas jugadas; no actuamos como corresponde. Yo andaba tropezándome; tú también, me parece... Ahora aceptemos la ruptura de nuestra relación... No quiero que te sientas

mal... Más bien entiéndelo como un proceso *dialéctico*... Así es la vida... Nadie sabe qué nos espera a la vuelta de la esquina...

A tu salud, querida... El pisco está delicioso. Nunca lo he saboreado así.

¿Recuerdas el día que nos conocimos? Yo lo recuerdo como si fuera ayer. Jamás olvidaré aquellos momentos gratos... Lo que más me impresionó fue tu nombre de ficción: Sibyl Vane. Por un momento pensé que me había vuelto loco por leer mucho la novela de Wilde. Yo, en realidad, estaba enamorado de Sibyl... La amaba como a nadie en el mundo... Era la mujer de mi vida..., la razón para seguir viviendo... Me ilusionaba con Sibyl, soñaba con su figura adorable..., me inventaba escenas donde caminábamos los dos, felices de la vida... Todas las mañanas despertaba pronunciando su nombre... El único problema era Dorian. Sentía unos celos terribles... Pero cuando te conocí, pasé a llamarme Dorian. Te convenciste de que así me llamaba. Ahora que las cosas están más claras te diré mi nombre verdadero. Yo soy Enrique de la Riva. Eso no importa... Lo que quería saber ahora es quién te puso el nombre. ¿Fue tu padre o tu madre? Entiendo que no quieres hablar. No insistiré más... Al inicio pensaba que eras actriz... Pero cuando te lo pregunté dijiste que no. Me decepcioné un poco pero igual seguías llamando mi atención...

Sírvete... Casi nada has tomado. ¿No te gusta el pisco? Si deseas vino, lo traigo en seguida... Salud, salud...

Cuando hablo mucho se me seca la garganta... Beberé esta copa más; con tu permiso, querida...

Comprendo tu ira... No debía hablar de estas cosas... Pero tienes que admitir que fue el destino quien nos separó... Como comprenderás, no quería hacerte daño, por eso me marché en silencio. Entiendo tu dolor y tus ansias de venganza. Pero recuérdalo: siempre te he sido fiel mientras fui tu enamorado...

¿Qué vas a hacer, querida?, ¿por qué te levantas? Recuerda que te amaba mucho, aún te sigo amando... Yo no tengo la culpa; el destino fue quien nos separó... ¿Qué pretendes, Sibyl?, ¿por qué te enfureces como una asesina?, ¿qué llevas en la mano? Por favor, no apeles a la pistola... Estoy ebrio, no puedo defenderme. ¡Cuidado! Deja, por favor, el arma. No me mates... Te amo mucho, muchísimo... Cálmate, Sibyl, prometo volver contigo y ser el hombre más fiel del mundo... Me declaro tu esclavo... No presiones el gatillo... Por favor, Sibyl, por más que quieras, no me mates... No te conviene matarme... Si yo muero, tú también morirás...

Un momento, por favor... Beberé esta última copa antes de que me mates... A tu salud, querida... Ahora discúlpame: cerraré el libro para no morir con tus balas asesinas...

Stephanie

Empecé con mi oficio de asesina a los 18 años, cuando Fernando Bueno me *sacó la vuelta*. Aún no olvido aquella noche del crimen, aunque ya pasaron cuatro años. Lo amaba con una pasión desenfrenada; fue el amor de mi vida. Pero este maldito me falló, me pagó mal... Tuve que matarlo, no me quedaba otra opción... La noche que debuté de asesina, naturalmente era una novata... Por poco se me fue de las manos; a duras penas logré acabar con él.

Cuando regresaba del baño alguien me rozó con el codo. Volví la cabeza para saber quién era. Era un joven más o menos apuesto. Llevaba en la mano una jarra de licor preparado. Hola querido, le dije. Hola, me contestó, soy Johann. Yo soy Stephanie, me presenté. Mis amigos me abandonaron, dijo, me quedé solo. Yo también estoy sola, le contesté. Entonces ¿podemos terminar esta jarra?, preguntó. Sí, le dije, y luego vemos qué hacemos. Empezamos a beber y bailar junto a otras parejas. Intuí que era uno de esos chicos que frecuentan a las discotecas en busca de chicas mareadas para llevárselas al hotel. Los conozco bien... En mi caso ocurre todo lo contrario. Yo soy quien se los lleva al hotel...

Todo andaba bien con Fernando... En realidad, no pensaba matarlo, si lo amaba con todas mis fuerzas... Aquella noche, mientras hacíamos el amor en un viejo hotel, advertí que me trataba como a una cualquiera: sin cariño ni amor... Como si eso fuera poco, pronunció el nombre de otra chica y terminó sin satisfacerme. Me quedé con las ganas ardientes... No supe cómo completar mi orgasmo. Luego se tendió a mi lado y se durmió olvidándose de mí. Yo ansiaba sus caricias, sus besos, sus palabras suaves... Entonces confirmé mis sospechas. Mis amigas decían que me engañaba con su compañera del salón... De pronto se me ocurrió la loca idea de vengarme... Lo mataré, me dije... No sé qué me pasaba, lo cierto es que me excitaba como si una fuerza satánica me removiera las entrañas. No encontré ningún objeto para usar de *consolador*, quizá así me hubiera calmado un poco... Empecé a frotarme el clítoris con los dedos... Enloquecí sin control; mi cuerpo parecía incendiarse... Entonces apelé a la correa de su pantalón; con la cual lo estrangulé sin piedad...

Johann me deseaba. Me di cuenta en sus miradas. No sabes en quién te has fijado, le dije sin que me escuchara, caíste en la trampa. Eres mi próxima víctima. Y seguíamos bailando. Poco a poco se me pegaba al cuerpo. Quería tocarme los pechos. De pronto pusieron música reggaetón. Le di la espalda y él me agarró de la cintura... Empecé a mover las caderas. Johann se me pegó más, de manera que le desperté su instinto animal...

Con el paso de los años conocí a muchos chicos. Casi a todos los llegué a matar. Sólo se salvó uno... Si un hombre

es torpe en la cama, si no llega a satisfacerme, lo mato sin dudar, porque no sirve para nada... Soy una mujer insaciable, para la mala suerte de los chicos. No sé qué pensarán otras chicas, yo más bien soy muy exigente en el sexo... La idea me viene desde aquella vez que escuché a un chico decir que las mujeres sólo sirven para la cama. Me molestó que se expresara así... Vamos a ver, me dije... Logré que me lo presentaran. Luego empecé a seducirlo con mis encantos. Fingí estar enamorada de él. El imbécil de Valentín —así se llamaba— se lo creyó. Como soy una mujer perfecta, con las medidas exactas, el chico no se resistió a mis insinuaciones. Como era de esperar, terminamos en un hotel. No logró apagar las llamas que me quemaban las entrañas..., así que lo maté sin pensarlo dos veces... Mientras se movía débilmente sobre mi cuerpo apelé a mi daga —benedicida por el cura— y se la clavé en el pecho. Luego me vestí rápidamente y abandoné el hotel...

A boca de jarro le pregunté a Johann, ¿llevas preservativos? Sí, me susurró al oído. Entonces vamos al hotel, le dije. Se colocó la chaqueta que estaba en la silla y salimos de aquella discoteca. Tomamos un taxi estacionado a media cuadra del local. En el carro, Johann me besaba y me acariciaba los muslos. El chofer nos miraba de cuando en cuando a través del retrovisor.

Frecuento a las discotecas en busca de víctimas... Allí encuentro hombres de todo tipo. Los seduzco con mis atributos físicos y luego los despacho al infierno. No hay hombre que se resista a mis encantos de diosa. Tengo la estatura apropiada, los pechos perfectos, las caderas bien

contorneadas... O sea, soy una chica como les gusta a los hombres: poderosa y rica... Agradezco a Dios por haberme *hecho* una mujer perfecta... Tengo el cuerpo escultural..., envidiable... En realidad soy una *asesina*, tanto en el sentido literal como figurado. Una vez —antes de matar a Fernando— despaché a un chico al hospital con la columna vertebral rota después de hacer el amor en una silla... Con una movida *destrozo* a los muchachos débiles... Camino por las calles con una falda bien corta; otras veces, con un pantalón delgado y bien ajustado, que si se me mira con detenimiento, se me nota todo... Como se advertirá, tengo poder sobre los chicos. Cumplen mis órdenes sin quejas ni murmuraciones; no les queda otra que obedecerme si quieren sentir mi cuerpo...

Johann y yo llegamos al hotel Asia en el barrio San Lorenzo. El cuarto 333, por favor, le dije al recepcionista. Luego subimos a la tercera planta como marido y mujer. Al encender la luz advertí la cama que había de testificar mi travesura diabólica. No dejé que Johann me desnudara; lo hice yo mientras él entraba al baño. Cuando regresó me vio tendida en la cama, completamente desnuda. Demuéstrame todo lo que sabes, le dije. Él se quitó la ropa raudamente y se me acercó seguro de sí mismo. Iba *aembestirme* sin más ni más cuando le dije, ponte el preservativo. Hizo caso omiso y volvió a intentar con el asalto. Si no tienes preservativos, la *función* se cancela, le dije con voz de mando.

Sólo un hombre se salvó de mis garras. Pareciera mentira pero el tipo sobrevivió. Se llamaba Orestes de la Fuente. Era musculoso, atlético, y guapo obviamente. Era un

artista en la cama... Me hizo el amor en todas las posturas, me provocó orgasmos múltiples... El *Kamasutra* resultó poca cosa para su experiencia... ¡Qué hombre, Dios mío! ¡Qué manera de hacer el amor! Aún recuerdo sus movidas, a ratos suaves, a ratos bruscos... Recuerdo que el placer me removi6 todo el cuerpo; perdí contacto con este mundo, me sentí como en la otra dimensión... Disfruté como nunca..., y quedé completamente satisfecha...

Johann trató de forzarme. Aquí mando yo, le dije, ¿traes tu preservativo o abandonas el hotel? Voy a comprarlo, dijo, regreso enseguida... Se vistió como sea y salió de la habitación... Dejó olvidados su calzoncillo y sus calcetines... Estaba convencida de que regresaría rápido, porque abundan farmacias en las inmediaciones del hotel Asia. Mientras tanto, limpié y besé mi daga que suelo llevar en la cartera. Con una sola estocada mato a los hombres. Conozco bien el punto exacto por donde herirles el corazón... No sé cómo pero me había quedado dormida. Desperté asustada de un salto. Johann no había regresado. Eran las seis de la mañana. Me peiné con cuidado después de vestirme, luego salí del cuarto con la cartera al hombro. Aquella noche no hubo *negocio*, Johann se escapó de mis garras... No debí exigirle que usara el preservativo... Será en la próxima, me dije. Le entregué la llave de la habitación al recepcionista y salí del hotel. En la puerta encontré a Johann dormido como un muerto, con un paquete de preservativos en la mano.

Líneas de sangre

La última vez que lo vi fue en La Escondida, un viernes por la noche. (¡Por ella! Sí, a su salud.) Ha pasado una semana y nadie sabe su paradero. (Hoy es luna llena. Sí, ¿por qué? Por nada, sólo decía.) *Hoy es luna llena; los locos andan sueltos por las calles... Antes de medianoche él ingresa sigilosamente en la habitación de ella. Camina a tientas en la oscuridad y cae al tropezarse con una silla. Él es poeta y vive jugando con las palabras. Yo soy pintor desde mis diez años. (¿Cómo es posible que esa mujer nos haya traído a este local de bebidas caras? No digas nada, sírvete.) Se levanta del piso y, al apoyarse en la pared, presiona el interruptor sin querer. Se ilumina la habitación y él se asusta un poco. Ella está dormida de costado, con una mano fuera de la colcha.* No recuerdo exactamente cuándo y dónde la conocí. Él sí lo recuerda con nitidez: La conoció en la universidad el primer día de clases. Desde ese momento vive amando a esa niña de cabellos recogidos en un moño a la nuca. (Compraré cigarros. Sí, claro. ¿Tú fumas? No.) *Al lado de la cama hay un escritorio con libros y cuadernos, un par de sillas, más allá un ropero... Él se limpia la frente húmeda con el papel higiénico y no entiende por qué está sudando. Se acerca a la cama de la doncella que*

duerme sin saber lo que sucede en su habitación, y contempla su rostro de ángel. Es bonita como una flor recién nacida, sus mejillas sonrojadas parecen pétalos en el amanecer. «Es la niña más hermosa de la tierra», murmura. Me parece que él la conoció antes que yo. Debí de haberla conocido después de algún tiempo. A medida que transcurrían los días ella nos volvió locos a los dos. Llegamos a amarla con la sutileza de una rosa y con el silencio de la noche. (A la salud de ella. Sí; salud.) *La mira largo rato sin atinar a nada y vuelve en sí cuando la campanilla del reloj empieza a sonar. Si la doncella despertara, gritaría con todas sus fuerzas, entonces la escucharían sus padres.* Yo me encerré en mi taller para pintarla e inmortalizarla en una obra de arte. Él se encerró en su cuarto para escribir los versos más sublimes que cantaran su belleza. Vengo pintándola desde hace buen tiempo... Quizá pase toda mi vida retratando su sacra beldad... Los dos estamos convencidos de que es la niña más hermosa que nació sobre la faz de la tierra. (Sírvete. Sí, gracias. Por ella.) *En efecto, la doncella mueve la cabeza y se despoja de la colcha. Él no sabe qué hacer, la sigue mirando, y advierte sus pechos cubiertos con una prenda rosada. Luego la cubre con la colcha dejando libre su espléndida cabeza.* Él me prometió escribir un libro de poemas jamás escrito en la historia para dedicárselo a ella. Yo le prometí superar a Da Vinci y pintar su rostro de virgen. (Tengo una curiosidad. ¿Cuál? ¿Quién de los dos la ama con más intensidad? No lo sé; quizá yo. Ja, ja, ja. ¿Cómo saberlo? Fácil. ¿Qué propones? Propongo que hagamos una locura nunca antes vista, y el más loco se queda con ella.) *Mira el reloj y advierte que son las doce y cinco*

minutos; hora propicia para cometer cualquier locura. Introduce la mano en el bolsillo de la chaqueta y empuña la daga reluciente. «De aquí debo salir con su corazón de diosa», murmura. La contemplábamos y soñábamos con sus ojos inolvidables. Una sonrisa suya bastaba para llegar alegres a casa. ¡Cómo no haber amado su imagen recogida en una flor de jazmín! (¿Pero serías capaz? Sí, capaz de cualquier cosa. Tú sí que estás loco. Tú también.) Cuando la veíamos caminar delirábamos sin remedio y pensábamos esparcir rosas por donde ella caminaba. (Compraré otra botella más; tenemos tiempo todavía. Tenemos toda la noche.) Le despoja la colcha con cuidado y le clava la daga en el pecho... Un grito desgarrador se confunde con los alaridos de los demonios... Le arranca el corazón con sus manos malvadas y le corta la cabeza que muchos habían amado. Luego se marcha a casa con la cabeza y el corazón aún vivo. Ya no comíamos; sólo nos alimentábamos de la fragancia que ella exhalaba. Todas las noches él se acostaba pensando en ella y todas las mañanas yo me levantaba amándola en silencio. Creíamos verla en todas partes y en todas partes estaba ella. (A su salud. Sírvete. ¿Qué te gusta más de esa niña? Toda ella, como mujer y como musa. A mí también. Salud.) La última vez que la vi fue hace una semana. Estaba sentada delante de nosotros en el auditorio de la universidad. Desde nuestros asientos sentíamos su respiración pausada y su aroma de flor en primavera... Esa misma noche fuimos a La Escondida a brindar por ella, y brindamos pronunciando su nombre en cada sorbo. (Me fascina esa niña; pagaría cualquier precio por ella; vendería mi alma al demonio. Yo también.) Ahora

que ha pasado una semana, no tengo noticias del poeta... Para salir de dudas lo estoy visitando. Temo que se haya suicidado. No contestó a ninguna de mis llamadas... (¿Serías capaz de cualquier cosa por esa niña? Sí, capaz de cualquier cosa. Yo también. Sírvete. A su salud.) Después de caminar calles enteras acabo de llegar a la casa donde supongo que está él. Toco la puerta sin perder más tiempo... Nadie la abre, creo que no está... ¿Alguien está ahí? Soy yo. ¿Estás vivo todavía?... Buenos días, ¿a quién busca? Al poeta, señor. Espéreme un momento. Miro a todos lados y siento que mi cabeza está llena de delirios... Caramba, poeta, ¿cómo estás?; ya no te veíamos; ¿qué pasó contigo? Es que la estoy cuidando; ella está conmigo. ¿Qué dices? No hables alto, nos puede escuchar. No te preocupes. Sí. ¿Eso significa que ya me sacaste de carrera? Todavía no. (Sírvete, se nos acaba el trago. Por ella.) ¿La puedo ver? Sí, claro; sígueme, te la presento. Después de caminar por pasadizos y habitaciones entramos en un cuarto estrecho. ¿Dónde está ella? Ahí está. ¡Nooo! ¿Qué hiciste, infeliz! ¿De verdad te has vuelto loco? ¿Eres un demonio, un malvado! (Salud por ella. Sí, por su belleza. Ahora nos vamos, alza tu bolsón, cuidado que lo olvides. ¿Cómo crees?; estoy sobrio. ¿Qué hora es? Un cuarto para las doce. Hoy es luna llena... No hables disparates, ve a tu casa y duerme sin hacer locuras.) *En efecto, ahí está la niña que amaron los dos. Una sonrisa misteriosa se dibuja en su rostro de virgen. Aún se le ve lúcida y hermosa como la última vez que el joven pintor la vio. Alrededor de su espléndida cabeza luce un cuadro de metales preciosos, su rostro angelical se esconde tras los cristales. La había adornado con todo tipo de flores y le*

había echado fragancia por doquier. Debajo del cuadro están encendidas tres velas. ¡Carajo!, ¿qué diablos te pasó?; ¿cómo pudiste cometer semejante barbaridad? ¡Maldito!, ¡maldito! El joven pintor se deja caer y sus ojos se anegan de lágrimas. ¡Maldición!; te volviste loco de verdad. Tú también. Yo no; estoy cuerdo. Lo encuentran llorando al frente del poeta, lo levantan con cuidado. El pintor forcejea confundido y balbucea entre dientes: «Suéltanme, no estoy loco.»

ÍNDICE

El crimen
El tobogán
Una aventura con Christian Rivera
Los ojos de Cleopatra
Hotel El Búho
La asesina
Lágrimas para Ariadna
Sibyl Vane
Stephanie
Líneas de sangre